

¿Qué haríamos sin ellos?

Pierina E. Beckman

Luz y luna, *las lunitas* es el último libro de crónica escrito por Elena Poniatowska. Sin embargo, el acercamiento a las crónicas en este libro es diferente al de sus otros libros de crónicas: *La noche de Tlatelolco*, 1971; *Fuerte es el silencio*, 1980; y *Nada, nadie, las voces del temblor*, 1988. La diferencia se encuentra en que en este último libro, Poniatowska no solamente presta su voz una vez más a la gente de México que no parece tener ni voz ni voto, sino que también nos presenta todo un caso a favor de estas personas en cada una de las crónicas.

En sus previos libros de crónicas vemos más bien fragmentos. Poniatowska se limita a entrevistar a personas que han sobrevivido algunas de las situaciones más difíciles y terribles de México. Por ejemplo, estudiantes que sobrevivieron la masacre de Tlatelolco en 1968, el abuso del gobierno mexicano en los setentas y el temblor de 1985. La autora escribe lo que los pobres, la gente de la clase baja, tiene que decir. Lo hace porque tal parece que a nadie más le interesa escuchar a estas personas. Sin embargo, cuando una autora de la estatura de Elena Poniatowska decide imprimir las opiniones, pen-

samientos, y sentimientos de esta gente, otros, pertenecientes a clases sociales más afortunadas, están dispuestos a escuchar.

Poniatowska tiene una habilidad especial y ésta es el poder presentar las dificultades



Bibiana Dueñas O'Kelard

de estas personas y al mismo tiempo despertar en el lector la conciencia social de quienes están en mejor posición de poder hacer algo contra el abuso que los pobres tienen que sufrir.

En *Luz y luna, las lunitas* la autora habla de cinco situaciones que afectan a la gente pobre de México en la actualidad. En este trabajo, he querido concentrarme tan sólo en dos de ellas. La primera, que trata de personas que llevan a cabo trabajos que poco a poco están desapareciendo de la sociedad y la penúltima, que trata de las sirvientas y su verdadera situación dentro de las casas en las que sirven.

En la primera crónica, la autora habla sobre trabajos mal pagados que son llevados a cabo por personas sin educación que difícilmente saben leer y/o escribir, pero que los hacen para sobrevivir. Estos trabajos incluyen cosas como afilar cuchillos en las calles, vender sombreros de palma, vender dulces típicos, cargar víveres y hasta muebles por cuadras, etc. Incluso se paran en las esquinas con la esperanza de que alguien los contrate para llevar a cabo alguna labor en sus casas ya sea de jardinería, plomería o carpintería. Estas personas están desapareciendo poco a poco. Antes su presencia podía sentirse, pero ahora van siendo reemplazadas por los grandes comercios. Dada dicha situación, estos marginados de la sociedad no logran sobrevivir, no tienen la oportunidad de proveer a sus familias con las necesidades más básicas. Muchos de ellos se ven obligados a vivir en las afueras de la gran ciudad que los empuja a vivir en una pobreza mayor a la que sufrían dentro de ella. La sociedad los margina a vivir en chozas, en lugares sin agua y sin electricidad, a verlo todo desde afuera. Algunos se ven forzados a cometer crímenes para adquirir cosas que quizá puedan revender, otros buscan ropa y comida en los grandes basureros.

La autora habla por ellos y nos hace darnos cuenta de que en realidad necesitamos de sus servicios y que no son platos de cartón que pueden ser usados y después tirados a la basura. Son personas y si no se les ofrece la oportunidad de trabajar, se verán forzadas a robar o cometer otro tipo de crímenes para sobrevivir. ¿No sería mejor el permitirles continuar con sus humildes trabajos y ser productivos? Es verdad que el llevar los cuchillos a un centro comercial donde pueden afilarlos mientras se hacen las compras es más cómodo,

ahorra tiempo. Pero ¿qué hay con respecto a tener un poco de compasión por aquellos seres humanos que son mucho menos afortunados y que desesperadamente necesitan de sus humildes trabajos para sobrevivir?

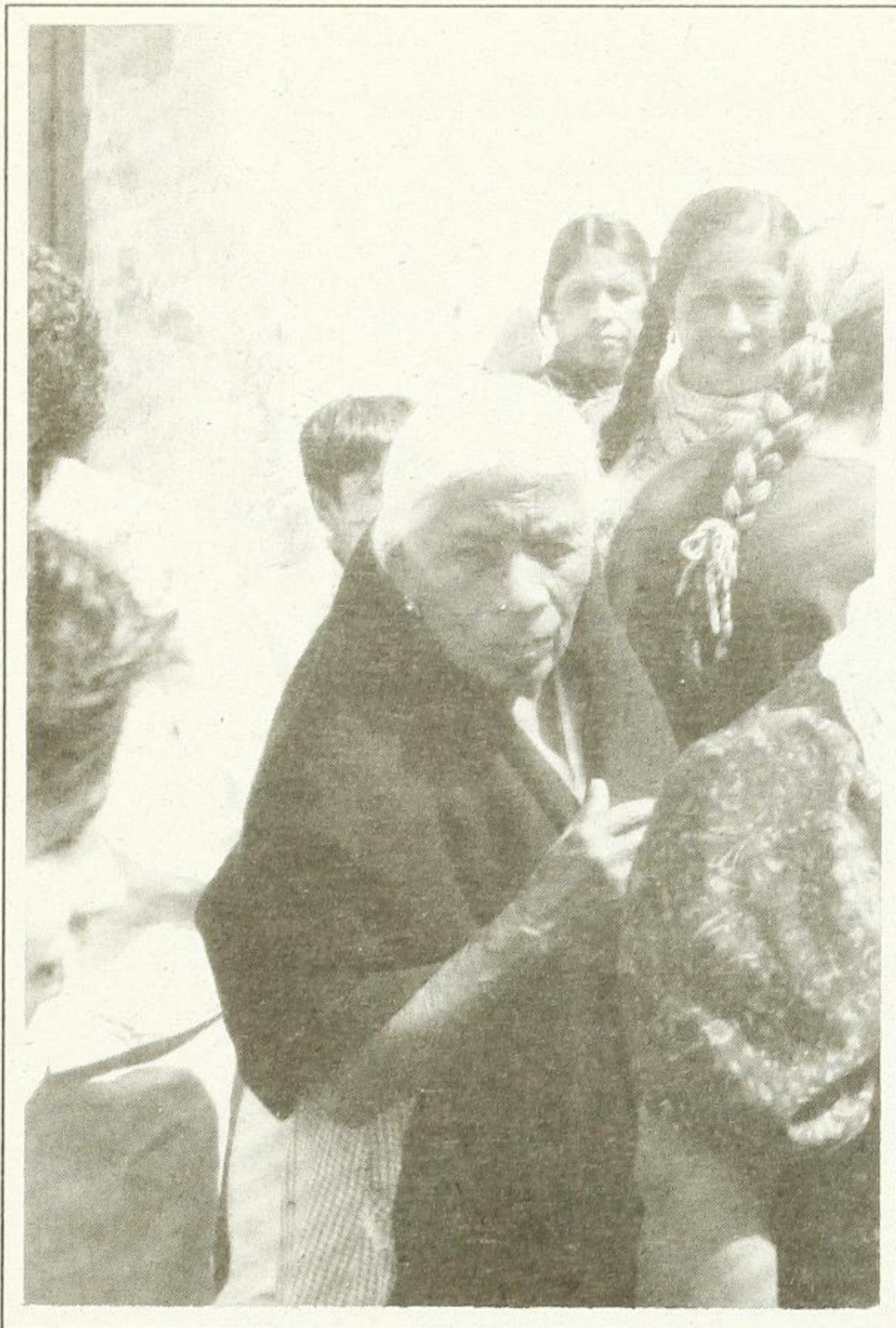
En una sociedad en la cual las clases media y alta se preocupan por no poder comprar ropa de buena clase, un mejor coche, o el no poder ir a Estados Unidos o a Europa de vacaciones todos los años porque el dinero ya no alcanza para lo que alcanzaba antes, la gente necesita pensar en aquellos que se encuentran en una situación mucho más precaria. Se necesita pensar en los que están preocupados no por buena ropa, coches, o viajes, sino por poder dar de comer a sus hijos ese día.

En su penúltima crónica, la autora habla explícitamente sobre una situación bien conocida por muchos de los mexicanos que pertenecen a las clases media y alta ya que gran parte de estas personas tiene, o ha tenido alguna vez, una sirvienta. Poniatowska da principio a su explicación diciendo que Latinoamérica es el continente del hambre y que entre aquellos que sufren de hambre se encuentran las sirvientas. Lo triste, sin embargo, es que en el caso de las sirvientas, éstas no tendrían que sufrirla ya que las casas en las que trabajan hay suficiente comida para todos.

Estas mujeres limpian, van al mercado, cocinan, lavan, planchan, y, como si todo esto no fuera suficiente, cuidan niños de todas edades a todas horas del día. Su día empieza muy temprano por la mañana y termina hasta las diez y once de la noche. En las pocas horas que quedan, deben bañarse, limpiar su propio cuarto y dormir.

Por lo general, estas sirvientas tienen un día libre por semana y se les paga entre \$800 y \$1,300 pesos al mes. Con este dinero deben poder vestirse, transportarse y comprar comida durante sus días libres y, en muchos casos, algunas de ellas mandan dinero a sus familiares quienes continúan viviendo en los pueblos.

Las sirvientas no siempre pueden encontrar un buen trabajo y, desgraciadamente, muchas de ellas terminan embarazándose, lo cual hace mucho más difícil su situación. Algunas patronas no quieren sirvientas con hijos no solamente por la molestia de tener en casa un niño más, sino también por el gasto extra que eso significa y porque si la sirvienta tiene que atender a su hijo, entonces no le queda suficiente tiempo para hacer el quehacer de la casa. De modo que, frecuentemente, las



servientas terminan por mandar a sus hijos a sus pueblos donde las abuelas son quienes los crían. Y, desde luego, las sirvientas se ven forzadas a mandar gran parte de su sueldo a su pueblo para mantener a sus hijos ya que los padres de éstos tienden a desaparecer rápidamente al enterarse del embarazo de la novia.

La vida de la sirvienta es dura en muchos aspectos. Físicamente a nadie le importa si ella despierta resfriada o si le duele la cabeza. Cuando mucho recibirá un par de aspirinas y el trabajo tendrá que ser llevado a cabo de un modo u otro. Mentalmente, en algunas ocasiones tendrá que escuchar el abuso verbal de su patrona, dependiendo de que humor se despierte ésta última. Y económicamente, dado su sueldo, es obvio que no le puede alcanzar para gran cosa.

Poniatowska hace notar algo bastante curioso: Las sirvientas prefieren trabajar en casa de los ricos, pero no necesariamente por un mejor sueldo, mejor comida, o la posibilidad de tener un cuarto de servicio más cómodo. La razón muchas veces es que la patrona rica tiene más actividades que la mantienen ocupada y fuera del camino de la sirvienta. Es decir, la patrona no está constantemente encima de ella diciéndole cómo hacer las cosas o aumentando tareas a su labor todo el día. La patrona que tiene dinero, por lo general, sale con sus amigas, va fuera de casa a comer, viaja, etc. Deja

que la sirvienta haga su quehacer y punto. No se dedica a criticarla continuamente.

Sin embargo, hay un precio que paga. La sirvienta que trabaja en casa de ricos, por lo general, no sale de la casa en toda la semana ya que en muchos casos los víveres son llevados a la misma. No hay necesidad de ir por ellos. Esto puede resultar difícil ya que la sirvienta se encuentra literalmente dentro de aquellas paredes y muros sin contacto con el mundo exterior, excepto en sus días libres. Por otra parte, la sirvienta que trabaja para una familia de clase media puede salir, tiene un poco más de libertad en el sentido de que puede disfrutar, por así decir, de una vida "social" un poco más activa. Diariamente sale por el pan, la leche, las tortillas, va al mercado, va por los niños a la escuela, etc. Pero, por otra parte, debe "convivir" con su patrona, y, muchas veces, escuchar una crítica negativa durante el día.

La autora no pretende decir que todas las familias tratan mal a sus sirvientas ni mucho menos. Hacer una generalización de este tipo sería irrealista e injusta. Todo lo que ella quiere hacer notar, es que las sirvientas no son robots. Son personas que se cansan, se enferman, sufren de calor o de frío, tienen hambre, piensan, y, sobre todo, sienten. Viven en una casa que no les pertenece, cuidan de niños que no son de ellas, y su futuro no es prometedor. ¿No merecen entonces estas mujeres, quienes muchas veces acaban criando a los hijos, un poco de compasión y de respeto? Poniatowska pide que no se les de las sobras, que se les alimente como merecen. Necesitan de una buena nutrición para poder ayudar a seguir sacando adelante esos hogares, para cuidar bien de los niños que pasan con ellas la mayor parte del día.

En conclusión, vemos que el mensaje de la autora a través del libro es bastante claro: se debe tener conciencia social. Darse cuenta de lo que está ocurriendo a nuestro alrededor y tratar de hacer algo al respecto. No se trata solamente de leer el libro, cerrarlo, y olvidarse del asunto. La autora quiere que la gente despierte, vea la realidad, y no ignore la penosa situación de algunos de estos seres humanos. Con nuestras vidas más afortunadas viene un sentido de responsabilidad por ayudar a aquellos que no son tan afortunados. Al que es pobre debe permitírsele el trabajar de una manera honrada, ayudarle a mantener su dignidad. Hay que tener compasión por ellos y, sobre todo, tratarlos con respeto. *Jem*